

Fragmentos del libro Los vínculos amorosos, de Fina Sanz.

Los procesos amorosos están presentes en la vida de toda persona. Querámoslo o no vivimos pérdidas, nos enamoramos, nos desenamoramos, establecemos distintos vínculos afectivos, atravesamos cambios, sentimos miedos, confiamos en la vida y sentimos el amor o tememos nuestras propias posibilidades y a los demás en su acercamiento, nos acercamos, nos alejamos, rompemos vínculos, los transformamos, repetimos esquemas, creamos nuevas posibilidades, tenemos deseos sexuales, fantasías amorosas, nos sentimos en soledad o acompañados, con amor o con carencias afectivas. Los vínculos forman parte de la socialización de la persona y contribuyen a su bienestar o su infelicidad en el día a día. (...)

Introducción

(...) La afectividad es básica en el ser humano. Todas las personas, mujeres y hombres necesitamos amar y ser amados, comunicarnos afectivamente, ser reconocidas/os, valorados/as, vincularnos con alguien o algo. De ello depende una buena parte de nuestra calidad de vida, de nuestro equilibrio emocional y con el mundo. Pero esa necesidad la expresamos, la manifestamos de formas distintas.

La forma en que amamos y vivimos el amor varones y mujeres tiende a ser diferente porque partimos de dos subculturas, femenina y masculina, que implican valores y roles distintos. (...).

Para las mujeres, el amor es probablemente el eje fundamental de sus vidas, o al menos, son educadas para que así sea. (...) No ocurre igual con los varones. (...) Mujeres y varones tenemos, como subculturas, formas diferentes de vivenciar y expresar el sentimiento amoroso.

Pero más allá de las experiencias, de las formas externas, e incluso de tener conciencia de ello, mujeres y varones nos parecemos bastante —con todas nuestras diferencias—, tenemos una base común, buscamos lo mismo sólo que por caminos distintos, y sin saber muy bien qué hacer para encontrar nuestro equilibrio. (...)

Hay quien sufre porque no puede vincularse y lo desea, o porque se vincula mal, con altos precios y con dolor.

La dificultad de vivir el amor se concreta en dos grandes apartados:

- La falta de amor a sí mismo/a.
- No saber dar y recibir amor en relación a los demás.

El amor a sí misma/o es un aprendizaje básico. No se puede dar lo que no se tiene, ni enseñar lo que no se sabe. Ante el miedo a ser calificados —equivocadamente— de “narcisistas” o “egoístas”, nos hemos mantenido alienados de nuestro propio cuerpo, desconocedores de nuestros ritmos y nuestras necesidades sin saber tratarnos bien, querernos, ni respetarnos. En última instancia, amarnos significa reconocer nuestra dignidad de personas y el derecho de vivir en condiciones de dignidad, con nuestros límites, nuestra historia y nuestro ritmo de desarrollo.

El amor y el respeto a sí mismo/a ayuda a amar y respetar a los demás. La persona que no se ama tiene dificultades para aceptar ser amada gratuitamente; cuando se le ama no se lo cree y de un momento a otro espera ser abandonada, ya que no se considera a sí misma como valiosa.

Seguramente no nos damos cuenta, pero nuestra autopercepción trasciende al exterior de una u otra forma: por nuestros gestos, por nuestros actos. (...) Alguien que se percibe como no digna/o de amor, fácilmente crea dependencias de quien se lo ofrece. (...) La dificultad en recibir conlleva asimismo una dificultad en dar porque, al no permitirse recibir, la persona se siente permanentemente carenciada, y vacía. A otras personas, por el contrario, el amor les ayuda en un camino de crecimiento personal, les abre perspectivas de libertad e impulso para desarrollar su creatividad, introduciéndose en espacios desconocidos e incluso mágicos.

En el proceso amoroso existen muchos elementos que están interactuando a la vez y que en gran medida son inconscientes, lo que facilita la creencia de casi somos ajenas/os a nuestras vivencias amorosas y al rumbo que se genera en nuestra vida.

Algunas perspectivas sobre el amor cuando hablamos del amor el término puede sugerirnos muchas cosas y quizás también muchas confusiones. No todo el mundo entiende o siento lo mismo. ¿Qué se entiende por amor? Pedí en un grupo que dijeran la palabra o frase que se les ocurriera frente a la palabra “Amor”. Éstas fueron algunas de las ideas que aparecieron:

Reto	Miedo	Tristeza
Necesidad de sentirse querida	Conflicto Compañía/soledad	Pudrirse
Necesidad de querer	Fidelidad	Placer
Soledad	Desafío	Dependencia
Esfuerzo	Respeto del espacio	Vivir el presente
Sacrificio	Lucha	Fusión
Herida	Reconocimiento social	Amistad
Debilidad	Agobio	Inaccesibilidad
Celos	Seguridad	Fantasías
Posesión	Enamorarse	Sexualidad

Fogosidad	Miedo a no dar la talla	Vivir con alguien
Miedo al compromiso	Enfermedad	Seducción
Me paraliza	Salud	Alegría de vivir
Gratuidad	Cuando no lo tengo me agobia	Autodescalificación
Distancia	Fidelidad	Deseo
Implicación	Engaño	Ilusión
Abandono	Tranquilidad	
Lástima		

Éstos y otros muchos son aspectos del amor que sentimos, pensamos, creemos, o tememos. En general, podemos hablar del amor como un sentimiento que se desencadena frente a personas, cosas o en determinadas situaciones de nuestra vida. Se puede experimentar amor hacia la humanidad, los/as hijos/as, el/la amado/a, la gente amiga; también puede experimentarse al oír sonar una música, cuando vemos la salida del sol o el atardecer en la montaña o en el mar, ante un pájaro... En esos momentos notamos una emoción interna e intensa en el cuerpo, quizás vemos brotar las lágrimas en nuestros ojos, o expresamos una gran alegría, o respiramos profunda y expansivamente o presentamos cualquier manifestación amorosa. Compartimos algo con lo amado, como si hubiera un fino nexo que nos vincula.

El amor es una experiencia, una experiencia vital para el ser humano que aparece con muchas manifestaciones diversas. (...)

Amor, salud y enfermedad

(...) Cuando nos sentimos amados/os incondicionalmente y cuando amamos, nuestro cuerpo se abre y todo el organismo funciona con un plus de vitalidad. (...) En períodos en que hemos vivido crisis afectivas, rupturas, hemos hecho duelos (despedidas afectivas), vivido abandonos, rechazos, teníamos una baja autoestima y nos despreciábamos, es fácil que enfermemos o aparezcan sintomatologías y dolores de diversa índole. (...)

Amor, ciencia y espiritualidad

Poco se ha ocupado la ciencia occidental del tema del amor, poco hay de ello en los manuales de psicología y sexología, quizás porque el amor no puede ser analizado en un laboratorio y, por lo tanto, desde determinados presupuestos su conocimiento no correspondía al saber científico. Históricamente han sido en buena parte los poetas y poetisas, y el campo de la mística, quienes posiblemente se han ocupado más de este tema (...).

Amor universal, amor particular

El amor es una vivencia universal, existencial que se experimenta como algo trascendente. Puede ser como algo que nos invade y que trasciende los límites de lo concreto y parece ponernos en comunicación con el cosmos. Sin embargo, ese sentimiento amoroso toma formas concretas cuando se materializa en una relación dual, en un vínculo amoroso (...). Se podría hablar aquí del amor particular. Esas formas en que se expresa el sentimiento amoroso varían de unas sociedades a otras y según los diferentes períodos históricos. (...) Hace algún tiempo tuve una conversación respecto de este tema con un isleño guineano. Este hombre de una gran sensibilidad me hablaba de la emoción profunda que sentía cuando contemplaba un árbol, el movimiento de sus hojas, la transformación de los colores con los cambios de las estaciones... Me describía poéticamente la emoción que experimentaba frente a cada uno de los pequeños movimientos que realizaba un pájaro posado en una rama, la caída de la lluvia, el sonido de un instrumento musical durante la noche, el despertar de la isla, los niños y las niñas jugando en la playa.

—Y el amor a una mujer ¿cómo lo sientes? —le pregunté.

El amor a una mujer —respondió— no es diferente al resto de las cosas que se pueden contemplar, gozar, admirar, en el universo.

Cuando veo a una mujer, ésta me puede gustar por su mirada, por su sonrisa, por cómo camina, sus nalgas, su voz... Pero no es sólo su cuerpo lo que veo, lo que me emociona y contemplo. A través de toda ella veo su espíritu, cómo es ella, al igual que lo veo en un árbol o un pájaro. Le pido estar con ella. Y en la relación sexual me siento como si estuviera con una diosa, como si ella fuera el mar con sus olas. Y me siento impresionado... Pero esa emoción y admiración forma parte de lo que siento por las cosas que me rodean. No entiendo el amor a una mujer como algo diferente, como se entiende en Europa.

Amor y sociedad

Existen sociedades donde la palabra “amor” tal y como se conoce en la sociedad occidental es desconocida. No existe en su vocabulario. No es que las personas no amen, sino que no entienden nuestro concepto porque su cultura y su estructura social, sus valores, su visión del mundo es diferente. Es decir, existe un sentimiento de amor universal, existencial, que se experimenta en todos los seres humanos, pero existen formas muy diferentes en torno al sentimiento que se experimenta en el vínculo amoroso concreto y en cómo éste se estructura socialmente.

La estructura social y las relaciones entre las personas, y con el mundo y el universo, pueden suponer formas muy específicas de vivir la emoción amorosa y de relacionarse entre las personas y entre los sexos. Además, la forma en que los individuos de una sociedad se vinculan afectivamente es una clave para entender la estructura social; o dicho de otra forma: cada sociedad también educa afectivamente a sus miembros para que reproduzcan o mantengan el orden establecido. En nuestra sociedad se nos dice que lo “normal” es que nos comportemos, sintamos o nos relacionemos de tal o cual forma en cuanto a una posible pareja. (...).

Es difícil hablar del amor, porque el amor, más que hablarlo, hay que vivirlo. El amor es un conjunto de vivencias, un proceso que puede ser vivido con mayor o menor duración, con mayor o menos intensidad, en el que se interrelacionan y activan las emociones, el pensar, el sentir y el actuar del ser humano. Proceso que se transforma continuamente, con fluctuaciones, con movimiento —al igual que todo en la vida—, que implica lo que llamamos enamoramiento y la posibilidad de vivir el éxtasis, el placer intenso, el bienestar, el desasosiego, el duelo, la experiencia de muerte, la tranquilidad, el erotismo, la suavidad, la pasión, la serenidad, el equilibrio, la paz...

El sentimiento amoroso es un sentimiento reconocible, al igual que podemos reconocer nuestra agresividad, alegría, miedo, tristeza —emociones que aparecen también en el proceso amoroso—, pero es un proceso en el cual intervienen muchos elementos como la fusión, la separación o la ruptura, la seducción, el enamoramiento, la idealización y el contacto con los límites y la realidad, la elección de la pareja, la estructura de pareja y dinámica de la misma, las crisis, los duelos, el desamor, la creatividad, la muerte, los cambios, la sexualidad...

Saber situar el amor en nuestra vida y saber situarnos en el amor requiere un trabajo de crecimiento personal para no confundir el amor con otras cosas: la posesión, la presión, la anulación, etc. Desarrollar en el día a día el arte de amar es entender el amor como un arte: el arte de compartir, de la armonía, de la creación.

(...) reflexionar sobre ellos [los elementos del vínculo amoroso] y hacerlos conscientes. Ello nos permitirá comprender mejor nuestras vivencias, actitudes, creencias y comportamientos, y sentir también que somos en parte un producto social, como en parte responsables de esos vínculos porque tenemos capacidad de amar y crear, y también de transformar (...). Muchos aspectos del cómo aprendimos a amar nos hacen daño. Cada cual ha de aprender, por tanto, a reconocerlos. Reconocerlos y cambiarlos lleva su tiempo. Pero vale la pena arriesgarse. (...).

Artículo El mito del amor y sus consecuencias en los vínculos de pareja, de Pilar Sampedro.

*Te vas porque yo quiero
que te vayas.*

*Y a la hora que yo quiero
te detengo.*

*Yo sé que mi cariño te hace falta
aunque quieras o no
yo soy tu dueño.*

Ranchera La media vuelta.

José Alfredo Jiménez.

*Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.*

Machado.

Actualmente la violencia doméstica se ha convertido en una cuestión con una dimensión pública mayor que en otras épocas debido a la gran cantidad de interpretaciones que se realizan sobre la misma desde diferentes instancias. La idea de este artículo no es aportar un análisis más sobre el tema sino plantear una reflexión sobre un asunto que nos afecta a tod@s en alguna medida y que en el caso de las mujeres es una de las muchas variables que sustentan las situaciones de violencia. Me refiero al modelo amoroso de nuestra cultura occidental, al mito del amor-pasión y a sus consecuencias en las relaciones de pareja actuales. Intentaré analizar brevemente este modelo y sus proyecciones en el presente para plantear como hipótesis que uno de los factores (evidentemente no el único ni el más importante) que facilita, favorece y sustenta la violencia de género más dramática y también las microviolencias cotidianas en las relaciones de pareja, es el modelo de amor romántico presente en nuestra cultura. Mi reflexión comienza cuando observo que en los relatos de las mujeres que han sufrido algún tipo de violencia por parte de su pareja aparecen sistemáticamente elementos de esta idea del amor romántico sobre el que estas mujeres han construido su universo y su biografía. Nuestra cultura es excesivamente compleja como para explicar los asuntos de la pasión y el corazón como si fuesen únicamente una cuestión de hipotálamo, de feromonas, de olor corporal o de evolución (elegimos al más apto para procrear). Mi experiencia en el campo de la clínica y la terapia de pareja me hace pensar que el tema del enamoramiento es mucho más complejo y tiene que ver, sobre todo, con la construcción que nuestra cultura realiza sobre el amor. Explicar cómo la ideología del amor y el cebo del romanticismo sustentan en nuestras sociedades la estructura familiar supone, desde mi punto de vista, entender cómo a estas alturas de nuestra historia, el matrimonio y la pareja siguen siendo núcleos fundamentales en la organización de nuestras comunidades. En una encuesta realizada por el sociólogo José Luis Sangrador aparece el dato significativo de que el 90% de las personas encuestadas manifiestan que no se casarían con alguien del que no se sintiesen enamorad@s: ¿Cómo se consolida el

matrimonio en sociedades no utilitaristas y librepensadoras? Uniéndolo a la pasión. Lo que no parece que hayamos aprendido es que el amor novelesco triunfa sobre gran cantidad de obstáculos, pero hay uno contra el que se estrellará siempre: la duración. Sin la idealización del amor pasión es bastante probable que nuestros escépticos y cada vez más laicos jóvenes no se unirían ni por lo civil ni por la iglesia para crear una familia. En todo caso, tendrían más claro que el matrimonio convenido para pagar el piso o la luz a medias, construir una célula económica o tener hij@s es más una cuestión de contrato y no tanto una unión romántica o pasional. Descubrir esta trampa, analizarla y asumirla genera bastante confusión en nuestras vidas, algunas dificultades, frustración y muchas consultas. Lo que más esquizofrenia produce en las parejas es que la pasión arruina la idea misma de matrimonio precisamente cuando se les había presentado como sustentadora y motivadora del mismo.

Para hablar de esta ideología del amor o construcción social del mismo me remito a un Sociólogo e Historiador suizo y a su ensayo "El amor y occidente". Para Denis de Rougemont la cultura occidental a través de su lírica nos presenta un modelo amoroso que tiene una serie de características: la idea del amor presupone el gusto por las desgracias, por los amores imposibles (Tristán e Isolda, Romeo y Julieta), la hiperidealización del amor y de la persona amada. De tal forma es así que el amor feliz no tiene historia, sólo el amor amenazado y condenado es novelesco y cinematográfico. Lo que exalta el lirismo occidental no es el placer de los sentidos ni la paz fecunda de la pareja, no es el respeto y el conocimiento del otro, sino el amor como pasión sufriente.

En la literatura y en el cine los personajes que encarnan a los héroes románticos no se aman; lo que aman es el amor, el hecho mismo de amar. Y actúan como si hubiesen comprendido que todo lo que se opone al amor lo preserva y lo consagra en su corazón, para exaltarlo hasta el infinito. Los amantes son más felices en la desgracia de amor que en la tranquilidad cotidiana del afecto mantenido. Se necesitan uno a otro para arder, pero no al otro tal y como es, y no la presencia del otro, sino más bien su ausencia. Son los obstáculos más graves los que se prefieren por encima de todo para engrandecer la pasión. A veces no es el obstáculo lo que está al servicio de la pasión fatal, sino que, al contrario, se ha convertido en la meta, en el fin deseado por sí mismo. Pienso, por ejemplo, en la psicología de los celos, deseados o provocados, solapadamente favorecidos para volver a sentir como al principio, y en toda la literatura que se ha generado en torno a ellos.

La literatura dotó de lenguaje a la pasión. ¿Cuántas personas reconocerían el sentimiento amoroso si no hubiesen oído hablar jamás de él? Pasión y expresión apenas son separables. A partir del momento en el que el instinto se pierde la pasión tiende a relatarse a sí misma, sea para justificarse, para exaltarse o simplemente para

mantenerse. La adopción de cierto lenguaje implica y favorece el desarrollo de ciertos sentimientos: “mi vida ha sido una larga espera hasta encontrarte”, “no puedo vivir sin ti”, “sin ti no soy nada”, “pasión que aísla del mundo”, “quemadura suave”, “te quiero más que a mi vida”, “mátame de pena pero quíereme”.

Por supuesto que actualmente en la literatura y en el cine se cuentan historias que nos dicen lo que pasa después del “fueron felices y comieron perdices”, pero aquí estoy hablando de nuestros mitos. Lo que hace que una historia se convierta en mito es precisamente ese imperio que ejercen sobre nosotr@s y a pesar nuestro y generalmente sin que lo sepamos. Un mito es una historia, una fábula simbólica, simple y patente, que resume un número infinito de situaciones más o menos análogas. El mito permite captar de un vistazo ciertos tipos de relaciones constantes y destacarlas del revoltijo de las apariencias cotidianas. En un sentido más estricto, los mitos traducen las reglas de conducta de un grupo. El mito se deja ver en la mayor parte de nuestras películas y novelas, en su éxito entre las masas, en las complacencias y los sentimientos que despiertan, en nuestros sueños de amores milagrosos. El mito de la pasión actúa en todos los lugares en los que ésta es soñada como un ideal y no temida como una fiebre maligna; en todos los lugares en que su fatalidad es requerida, imaginada como una bella y deseable catástrofe. Vive de la misma vida de los que creen que el amor es un destino, que nos ha de consumir con el más puro y más fuerte y más verdadero fuego que arrastra felicidad, sociedad y moral. Vive de la misma vida que nuestro romanticismo. Racionalmente sabemos que la pasión y el deseo se acaban, que la vida en común es complicada e implica una negociación constante, que la convivencia transforma irremediabilmente el deseo, sin embargo, vivimos aún en la idea del mito del amor-pasión que ha generado y genera un prototipo de relación. Sabemos que el amor es una cosa pero fantaseamos con otra: un amor eterno, único y permanente en el tiempo.

El mito del amor pasional es una construcción de Occidente. En Oriente y en la Grecia contemporánea de Platón el amor es concebido como placer, como simple voluptuosidad física. Y la pasión, en su sentido trágico y doloroso, no solamente es escasa, sino que además, y sobre todo, es despreciada por la moral corriente como una enfermedad frenética. El concepto de amor no existe en China. El verbo amar es empleado sólo para definir las relaciones entre la madre y los hij@s. El marido no ama a la mujer, “tiene afecto por ella”. Los chinos son casados muy jóvenes y el problema del amor no se plantea. No comparten las eternas dudas europeas: ¿es amor o no esto que siento?, ¿amo a esta mujer, a este hombre o siento sólo afecto?, ¿amo a ese ser o amo al amor? Tampoco sienten desesperación o dolor cuando descubren que han confundido el amor con las ganas de amar. Un psiquiatra chino consideraría síntomas de locura estas cuestiones. Mientras que en muchos países los matrimonios son concertados previamente, en nuestras sociedades, la base de una institución social básica, la familia, se fundamenta en

el amor romántico.

El ideal romántico construido culturalmente ofrece al individuo un modelo de conducta amorosa, organizado alrededor de factores sociales y psicológicos; durante nuestra larga socialización aprendemos lo que significa enamorarse, le asociamos a ese estado determinados sentimientos que debemos tener, el cómo, el cuándo, de quién y de quién no... Algunos elementos son prototípicos: inicio súbito (amor a primera vista), sacrificio por el otro, pruebas de amor, fusión con el otro, olvido de la propia vida, expectativas mágicas, como la de encontrar un ser absolutamente complementario (la media naranja), vivir en una simbiosis que se establece cuando los individuos se comportan como si de verdad tuviesen necesidad uno del otro para respirar y moverse, formando así, entre ambos, un todo indisoluble.

Este concepto del amor aparece con especial fuerza en la educación sentimental de las mujeres. Para nosotras vivir el amor ha sido un aspecto que empalidece todos los demás. Nuestras literarias heroínas como madame Bovary, la Regenta, Julieta, Melibea, la Dama de las Camelias, Ana Karenina... viven el amor como proyecto fundamental de su vida. La escritora Lourdes Ortiz analiza cómo en la mayoría de estas historias vemos que lo que para la protagonista es la vida entera, para el personaje masculino es sólo una parte de su existencia. El amor como proyecto prioritario y sustancial sigue siendo fundamental para muchas mujeres sin el cual sienten que su existencia carece de sentido. A pesar de los cambios profundos conseguidos en el siglo XX por el movimiento feminista, las mujeres, en mayor medida que los hombres, asumen ese modelo de amor y romanticismo que nos hace ordenar nuestra biografía y nuestra historia personal en torno a la consecución del amor. Muchas mujeres buscan aún la justificación de su existencia dando al amor un papel vertebrador de la misma, concediéndole más tiempo, más espacio imaginario y real. Los hombres conceden más tiempo y espacio a ser reconocidos y considerados por la sociedad y sus iguales.

Mientras que por lo general solemos elegir a las amistades entre aquellas que más nos gratifican, que más nos respetan y que más compensaciones emocionales y afectivas nos reportan, sin embargo, es posible que nos relacionemos a nivel de pareja con personas que no sólo no nos gratifican sino que nos llenan de amargura, sufrimiento y daño físico y psíquico.

¿Cómo explicar la persistencia del amor o la relación en estos casos? ¿Cómo se puede amar a quien te mortifica y anula? No es una cuestión de irracionalidad y me niego a creer que las personas, sobre todo mujeres, que viven estas situaciones, son tontas, masoquistas o descerebradas. Es importante que comencemos a analizar esos amores patéticos y llenos de sufrimiento, sacrificios personales y renunciadas, sobre todo, cuando

en mayor o menor medida, muchas personas han vivido o soportado en las relaciones de pareja alguna que otra humillación, falta de respeto por nuestras opciones u opiniones, limitaciones a la libertad, algún que otro desprecio, presiones para hacer esto o lo otro, chantajes e imposiciones.

Las mujeres que “aman demasiado”, aquellas que buscan el amor romántico obstaculizado por la elección de personas difíciles, agresivas o controladoras tienen más posibilidades de vivir en la violencia, consentirla y permanecer en ella porque esa relación es la que da sentido a su vida.

Una de las características que tienen todas las historias relatadas por mujeres que sufren maltrato es precisamente esa discontinuidad en la relación. No son historias afectivas templadas por los años, sino que aparecen siempre intervalos de paz y dolor, fases de “luna de miel” entre los episodios de maltrato: hoy te maltrato y mañana te amo más que a mi vida, sin ti no soy nada, perdóname, te quiero; todo ello acompañado de muestras extraordinarias de cuidados y cariño hasta la próxima escena. Se le ha dado el nombre técnico de “espiral de violencia”, en la que los episodios de maltrato son cíclicos.

Cuando las mujeres se plantean abandonar al maltratador tienen que reconstruir su nueva biografía en un contexto ajeno a sus tradiciones y abandonar un lugar en el que se comportaban como amantes, esposas y madres. Se trata de dejar su proyecto vital, renunciar al amor es el fracaso absoluto de su vida, y es muy difícil que vean en ese cambio una promesa de vida mejor. Las mujeres siguen interpretando la ruptura matrimonial como un problema individual, como una situación estresante y anómala y no como la liberación de una situación opresiva que, además, debe ser tratada como problema colectivo y no individual. Y en este sentido, es la sociedad la que debe rehabilitarse, la que debe ser llevada a terapia, porque son las construcciones, las historias y los mitos de esa sociedad los que están en el origen y la raíz del problema de la violencia doméstica. Nuestro modelo social es el máximo legitimador de estos y otros comportamientos y como tal, la violencia doméstica será el plato de todos los días si no somos capaces de cuestionarnos qué tipo de sociedad genera maltratadores, qué sociedad genera esta patología del vínculo amoroso. A su vez, debemos pensar qué tipo de cultura es la nuestra para que mujeres capaces y adultas soporten, en nombre del amor, la humillación y el sufrimiento; para que en lugar de escapar de esas situaciones, busquen soluciones peregrinas y absurdas como tener hij@s, automedicarse o disculpar a su pareja para no perder aquello que fundamenta su vida: el amor.

Condenar la pasión en bloque sería querer suprimir uno de los aspectos de nuestra creatividad y de nuestra historia. Además de imposible es una tarea titánica. Mi pretensión es sólo la de alertar, prevenir, analizar, aislar la pasión, desmontarla, si se quiere, para

observarla y conocer mejor sus propiedades. Hacernos más conscientes de este proceso nos hace más libres y hablar de la utopía nos acerca más a ella y a sus posibilidades, a la búsqueda de relaciones más alternativas al modelo al uso, de mayor calidad, más plásticas y que nos ahorren sufrimiento. Mi experiencia profesional y también personal me dice que quien da mucha importancia a su vida amorosa en detrimento de otros aspectos vitales sufre más, se suscribe antes al sufrimiento como meta, en comparación con aquell@s que muestran menos interés por el campo sentimental y que ponderan en su justa medida la vivencia del amor.

Me gustaría educar a las nuevas generaciones en un análisis más crítico de este modelo amoroso y estaría más conforme si les hiciéramos planteamientos más realistas sobre la arbitrariedad de la elección amorosa. Me gustaría que entendamos que no hay nadie en el mundo que pueda colmarnos definitiva y eternamente, que los afectos son múltiples, de diferente pelaje y complejidad, que el amor no puede basarse en renunciaciones y sacrificios y que nunca deberíamos abandonar nuestra individualidad, nuestros proyectos personales, nuestro espacio propio en aras del amor.